

A los ocho meses de su fallecimiento surgen a la luz de las librerías las *Memorias* de Daniel Cosío Villegas, uno de los mexicanos de intelecto y acción más notables que ha dado este siglo.

Cosío Villegas se inició en las tareas literarias y culturales por 1911, siendo estudiante todavía en un periodo, "en que la Revolución destruyó el clima cultural que se había creado lenta, penosamente, durante los últimos veinte años del Porfiriato, sin que pudiera recrearlo desde luego". Años dolorosos y patéticos para cualquier intelectual o aspirante a serlo.

El estilo literario de Cosío Villegas ha sido descrito en diversas formas: mordaz, incisivo, irónico y aun agresivo. En realidad, todos esos adjetivos resultan peyorativos cuando de describir a una pluma veraz se trata. Podría decirse, en verdad, que el estilo escritural de Cosío Villegas se fue conformando al paso del tiempo, de los acontecimientos y de su intervención directa en muchos de éstos. Envuelto en un clima más que otra cosa literario, don Daniel el joven, asistido por Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri y aquellos que poco después adoptarían el título de Contemporáneos, tomaba lecciones en la lectura de Azorín y de Platero y yo; lecturas recomendadas a él por Henríquez Ureña. Así conformado y alentado por Pedro, se dio a la tarea de trazar apuntes que pronto se convertirían en un todo bajo el título de *Miniaturas mexicanas*, que éste, y sin que Daniel se enterara, envió a Alfonso Reyes, quien las publicó en su "preciosa" revista *Índice*, de Madrid, que en sí misma era una introducción magnífica a las letras en español de esos años. Pero el curso del escritor varió, ya veremos cómo, en los años ulteriores.

El estilo literario de Cosío Villegas, insistimos, fue condicionado por su propia actividad como universitario, ensayista en sociología y economía, consultor de gobiernos revolucionarios y diplomático primerizo. Tal vez estas actividades, más convencionales que espontáneas, delinearon un estilo que iría creciendo en intensidad y fuego hasta convertirse en uno de los ejemplos dialécticos más acendrados de la literatura mexicana de todos los tiempos. Ese estilo que ha quedado plasmado tan soberbiamente en la redacción de la *Historia moderna de México*, diez tomos de una sabiduría histórica incomparable y sin cuya lectura no podrá entenderse la realidad mexicana de este siglo también atormentado. Ese estilo, de la más fina dialéctica, sin retoricismos baldíos, fue el que al fin adoptó Cosío Villegas para sus obras siguientes, entre las cuales estas *Memorias* son como el último golpe de pluma maestro por su ductibilidad, por su sentido profundo de ciertos acontecimientos y actos públicos hasta hoy pasados por alto; un estilo que se modera a sí mismo con alguna frase conformadora que borra un acto, o una personalidad, desconcertante. Sólo a veces, y para dar idea de un personaje de carne y hueso —e histórico, además— como es el caso de Obregón, descrito por la pluma

del historiador, éste se atreve a soltar una anécdota, un chiste del presidente en funciones cuando el Centenario de la Independencia en 1921, respecto a una dama sudamericana que extrañaba el asado de cabrito. Obregón se pinta solo en ese chiste. En lo demás, el estilo de Cosío Villegas, caluroso y fluido a la vez, es el de un maestro de la ponderación y el ejercicio intelectual.

EL joven estudiante y profesional ha pasado por varias universidades después de la Nacional; la de Harvard, la de Wisconsin, la de Cornell y la London School of Economics, cuando su vida se convierte en la de un intelectual brillante y

nales donde el destino de la economía mexicana se juega la vida, o al menos, su presencia en el exterior.

Son esos, también, los años en que con otros crea El Colegio de México —antes Casa de las Españas— y también El Colegio Nacional, institución mexicana que surge como condición nacional y nacionalista frente a la mayestática empolvada de la Real Academia de Madrid. La actividad de Cosío Villegas no es difusa sino severamente concentrada. Del Colegio de México, amén de sus cátedras novedosísimas, habrán de surgir las revistas *Historia Mexicana* y *Foro Internacional*, únicas en su género en Hispanoamérica. Cosío

(él llama "tramo" a cada uno de sus capítulos), son para el futuro.

Y vienen al final, los capítulos trece y catorce, donde la actitud periodística y las letras de Cosío Villegas, como crítico social y político del momento, se enfrentan al régimen en vigor.

Algunos dirán que el historiador guardó sus tintas más crueles para pintar al régimen que acaba de fenecer; que la historia de sus relaciones con ese régimen es aciaga —lo fue— y sin vislumbre de comprensión entre el estilo personal de gobernar y el dueño de tal estilo.

Hay un relato de hechos que los reseñistas y críticos de este libro pasarán por alto, y ellos son lo que Cosío Villegas puso en práctica como defensa última contra libelistas y fariseos: la actitud de Gandhi; declarar por escrito que tal o cual era su último artículo en *EXCELSIOR*, pues tal parecía que sus recomendaciones y críticas caían en oídos a la Beethoven. Bastó esto —y más de una vez— para que funcionarios del régimen corrieran a su casa a pedirle que no interrumpiera su labor crítica, esto es, que no los dejara abandonados en la atmósfera del mero halago y la sumisión.

Las relaciones entre el historiador crítico y el Presidente Echeverría fueron tensas. Hubo momentos en que la tensión llegó a la crisis. Por ejemplo, cuando Cosío Villegas hizo pública su sugerencia de que se formara un nuevo congreso constituyente que elaborara una nueva Constitución Política para los mexicanos pues, argumentaba, la actual se hizo sobre la base de una nación agraria principalmente, y esa nación se había desarrollado hacia el industrialismo como base principal de sustentación económica y política. Esa sugerencia levantó ampul entre los altos gobernantes, quienes no perdieron el tiempo en contestar, no con razones jurídicas o siquiera legales, sino con ataques directos al hombre de la iniciativa.

Las anécdotas que Cosío Villegas relata y desmenuza sobre esos encuentros, revelan la incongruencia que encontró el autor entre los poderes y la libre expresión en México. Sobre todo, cuando el historiador cuenta los encuentros que tuvo con el Presidente durante comidas que él convidaba o que se efectuaban en lugares escogidos por el Primer Mandatario. En cualquier forma y súbitamente, surgía la querrela. La situación en esos casos descubría una posición injusta para el crítico del gobierno, pues no es lo mismo enfrentarse a éste desde las páginas de un periódico, que hacerlo cara a cara. En esta última condición, la personalidad del Presidente pesa demasiado para el crítico y, en verdad, la discusión abierta parece imposible.

Las *Memorias* de don Daniel darán mucho que hablar a los historiadores del futuro; ya son, apenas a una semana de haber aparecido, lectura obligada para quienes se interesan en el funcionamiento interior y oscuro de la política mexicana.

# las memorias de daniel cosío villegas

Por Francisco Zendejas

afortunado. De todas partes lo reclaman: de la Universidad, de las secretarías de Hacienda y Relaciones Exteriores, de la banca oficial donde se hacen necesarias sus iniciativas. En la primera, pone en marcha la flamante Escuela de Economía y, en la última, pone las bases para la creación del Fondo de Cultura Económica, editorial muy necesaria para el aprendizaje de quienes, sin conocimiento de otros idiomas se dedicaba ya a los estudios económicos y sociológicos. Es en este hecho y en ese momento, que la personalidad intelectual de Cosío Villegas se instala reciamente en la vida universitaria y la política nacional.

El Fondo ocupa largos años de la vida de Cosío Villegas. Años en que se enlaza su actividad bibliográfica y de altos estudios literarios con la de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Estos tres hombres han dado paso no a una sino a dos o más generaciones de estudiosos, literatos, ensayistas, poetas y creadores en todas las ramas de la actividad cultural. El Fondo es un hito en el desarrollo cultural mexicano; un lanzallamas, un trampolín, lo mismo para economistas, sicólogos y filósofos, que para poetas y novelistas.

Pero esos largos años del Fondo no son todo en la vida fructuosa de Cosío Villegas. El hombre sigue participando en actividades diplomáticas y de política económica exterior con los gobiernos mexicanos que se suceden; participa en congresos, reuniones y juntas internacio-

Villegas es su fundador y primer director. Sólo cuando la urgencia y el cúmulo de trabajo se acrecientan para la redacción de la *Historia moderna de México*, don Daniel deja todo y se dedica celosamente a ella.

LEGA 1968 y con él una nueva urgencia: hacer periodismo, don Daniel cuenta cómo, al presentarse en *EXCELSIOR*, en ese año, inicia sus escritos recordando que no es la primera vez que practica ese género, y cómo don Rodrigo de Llano, director de *EXCELSIOR*, le pidió y encomendó diversos artículos que fueron, cuando menos, explosivos. Cuenta también cómo, con reticencias, se reinició en el periodismo; sus dudas respecto de si sus escritos serían, efectivamente, periodísticos y —lo más importante— si el gobierno estaba preparado para soportar lo que él iba a escribir sin emprender represalias. El año clave, 1968, despejó sus dudas. En esos días aciagos no hubo en México mejor pluma, más clara y sobria que la de Daniel Cosío Villegas. No atacaba: ponderaba; no criticaba sin ton ni son, señalaba caminos y composturas —¡nunca componendas! Con el desarrollo de los acontecimientos, él mismo se percató de que la posición crítica necesaria y justa no estaba entre el gobierno y los estudiantes; que el primero les daba la razón —moral e histórica— a los segundos. Las líneas en que Cosío Villegas traza la historia de esos tramos trágicos